

Pero prescindiendo de esto, que me llevaría muy lejos, no sé por qué los italianos han de haber tenido tan consumada ciencia para ser independientes, y después de haber logrado este gran bien, tengan hoy tan poca para gobernarse á sí mismos. No os podeis imaginar lo perdida que está su Administración, lo desbaratada que está su Hacienda. No podeis imaginar la rapidez con que se precipita su política por el camino de la resistencia, sembrado de reacciones y de revoluciones. Pero sobre todo, el mal mayor de Italia es el estado de su Tesoro. Yo sé bien que un pueblo tan privilegiado para las artes ha de carecer de ciertas aptitudes necesarias para la Administración. Pero no olviden los italianos que, así como la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago, la salud de toda la nación se fragua en las oficinas de la Hacienda. El estado de la política y de la Hacienda engendraba profundísimo descontento que se manifestaba en motines, en conjuraciones, en amenazadoras proclamas, en sociedades secretas, á las cuales se halla de antiguo habituado el italiano como todo pueblo que ha padecido larga servidumbre. Se ha pedido á Italia el sacrificio de sus glorias municipales sin haberle dado en cambio por entonces la unidad nacional, ni la anhelada independencia. Su frontera de los Alpes se hallaba abierta todavía al austriaco; las rivalidades entre las regiones meridionales y las regiones del Norte, vivas por la falta de una capital que las apagasen; Roma con su rey-pontífice en medio de todas estas provincias dislocadas, conservando el pabellón extranjero como la marca inextinguible de la servidumbre italiana, y trayendo, bajo sus enseñas cosmopolitas y anti-nacionales, una turba de condottieros de todos los pueblos, estipendiados por las cofradías, diversos de pátria, de lengua, de carácter; pero dispuestos á lanzarse voraces sobre su presa, sobre la libertad, al primer anuncio de que vacila en sus mal ajustadas bases la reciente nacio-

nalidad italiana. La situación era por extremo angustiosa. El Imperio francés, que proclamó la teoría de las grandes aglomeraciones de razas, la abandonaba por completo, despertando las esperanzas de los reaccionarios borbónicos. La imposibilidad de entrar en Roma atormentaba ese pueblo italiano, á quien nada le parece difícil después de los milagros con que ha obtenido la anexión de tantos de sus Estados perdidos bajo el yugo extranjero. Menabrea pedía la evacuación de Roma, y Napoleón no se dignaba ni siquiera contestarle, porque Roma era el secreto de una combinación táctica y el talismán de una alianza. La corte de Roma, en cambio, consagraba todo el dinero que le enviaban los reaccionarios del orbe á conspirar contra las libertades italianas y á mantener viva la agitación moral por medio de sus agentes. Las señales de afecto con que el infante de Nápoles y la infanta de España, dos Borbones, fueron recibidos en la corte de Francia, sobreexcitaba las esperanzas de los borbónicos y de los clericales. Había quien veía una inteligencia entre París y Madrid para restaurar los Borbones en Nápoles y guarnecer con un ejército español Roma. La desesperación era tan grande hasta por parte de los conservadores, que se pensaba en seguir el consejo prusiano, en trasladar definitivamente la capital á Nápoles, con lo cual, sin resolver ninguno de los inconvenientes actuales, se podían obtener dos resultados negativos: descontento y desesperación de los liberales al ver esa expresa renuncia á la capitalidad en Roma, y disgusto profundísimo de las provincias del Norte, que son las más vigorosas y las más adictas á la causa de la unidad italiana.

La corte de Roma no veía que por el áspero camino de la intransigencia, por el odio inveterado á las reformas democráticas, por el empeño en reunir todos los aventureros del mundo bajo sus banderas de sombras, por su intolerancia en este siglo de tolerancia, por su tiranía en este siglo de libertad, por su ene-

miga á la independencia de los pueblos en este siglo de la resurrección de las nacionalidades, por todos sus errores, sin poder salvar el corto terruño que se estremecía bajo sus plantas, como tierra atravesada y sacudida por el terremoto, comprometía gravemente el sagrado depósito de sus creencias religiosas.

Pero es inútil raciocinar cuando se trata de poderes á quienes la tradición ha cegado. La corte de Roma no olvida sus principios. El criterio que la ilumina es el criterio utilitario, y el fin supremo que busca es el propio interés. Aplaudía la maravillosa campaña de Gladstone á favor de la libertad religiosa de Irlanda, porque en Irlanda era la Iglesia católica la oprimida; pero condenaba fuertemente la maravillosa campaña legislativa de Beust en Austria, porque en Austria era la Iglesia católica la opresora. La censura á las nuevas reformas austriacas fué tan acerba en una entrevista de Antonelli con el embajador, que éste llegó á pedir su relevo. El cardenal le dijo con la biliosa amargura propia de su carácter, cuya dureza se retrata en su semblante verdoso y airado, que no debía esperar concesión alguna de Roma un Imperio capaz de votar las leyes inmorales sobre el matrimonio civil votadas últimamente por Austria. Todos los medios de conciliación se agotaron, y todas las transacciones se rompieron. Sin embargo, el emperador rogó á Beust que le permitiera designar un ministro en Roma, aceptable al Papa por su piedad y dispuesto á reconciliar la Iglesia con el Imperio por su lealtad al emperador. El barón Beysenbug fué el embajador electo. Inútil, completamente inútil. Los poderes, que se imaginan poseedores de la verdad absoluta, de esa verdad que contiene á todas las verdades como el espacio á todos los mundos, no pueden ceder ni en pequeñas minuciosidades que desdigan de su alta soberanía y de su completa infalibilidad. Quién no discute porque no puede engañarse, no se convence porque se desmentiría á sí mismo. Por consecuencia, no había para el

emperador de Austria más remedio que romper con la reforma ó romper con el Papa. Los periódicos oficiales del Imperio austriaco esperaban una solución de paz y de armonía. Pero añadian que el nuevo embajador no saldría sino después de haberse sancionado las últimas leyes. Y yo aseguraba que corría un gran peligro de no ser recibido. Una de las razones que movían á los periódicos oficiales en su cándida seguridad, se apoyaba en las ideas del nuevo representante austriaco. Y casualmente estas ideas son otra de las razones que yo tenía para fundar mi juicio contrario á las esperanzas austriacas. Beysenbug pertenecía al partido católico liberal. Y este partido es uno de los más detestados en Roma. La mayor parte de aquellos célebres cánones del *Syllabus*, resumen de las ideas políticas, religiosas y morales de la curia romana, estaban escritos contra los católicos consagrados á predicar la reconciliación del catolicismo con la libertad. Por consiguiente, si el embajador de Austria pensaba prevalecer en Roma por sus relaciones ó puntos de semejanza con Montalembert, se engañaba tristemente. Fué considerado, en efecto, como un hereje.

Espanta comprender el número de dificultades que había de vencer Austria para cumplir su programa liberal y deslumbrar los ojos de Alemania con los resplandores de la libertad. Así es que le corría mucha prisa de comprometer en una guerra á toda Europa antes de verse forzada á llegar hasta el fin último en este drama de libertad á medias que representaba á la sazón en el mundo. Su política tenía muchos precedentes, muchos ejemplos en esa misma Alemania. Cuando los reyes germánicos no pudieron vencer á Napoleón el Grande con las armas, trataron de vencerlo con las ideas, y como no las hay que tengan la virtud de las ideas liberales, prometieron constituciones á sus pueblos. Pero vencido Napoleón, olvidaron todas sus promesas. Si mañana el Austria venciera á Prusia, volvería á recoger instantáneamente en el campo de batalla



donde se proclamaria su victoria, el férreo cetro del despotismo. Por eso Prusia no debe contentarse con representar la unidad de Alemania; es necesario que tambien represente la libertad en el mundo, la libertad, esa eterna patria de las almas, esa unidad suprema de la naturaleza humana, el mayor bien de los pueblos, el sello augusto de la dignidad de los hombres, y Bismark, que no vacila en la política unitaria, vacila y retrocede en la política liberal. Tal vez imagina falsamente necesaria, indispensable, una dictadura para conducir la Alemania á sus destinos históricos. Pero yo creo que no hay virtud en ningún poder para realizar las grandes ideas como lo hay en la libertad. Los pueblos del mundo se echaron en brazos de Francia cuando Francia representaba el triunfo de la democracia. Y esos mismos pueblos se volvieron todos contra Francia, cuando Francia representó la dictadura de Napoleon. Víctor Manuel no ha realizado la unidad de Italia, sino esparciendo en sus marmóreos sepulcros donde parecia enterrada el alma italiana, ese soplo de libertad que como la palabra de Cristo resucita á los muertos. Los Estados- Unidos han fundado y han mantenido la más poderosa confederacion republicana conocida en la historia por el poder de la libertad. Y no solamente es de justicia esta idea, sino tambien de interés. Si Alemania ha de constituir un imperio formidable, militar, reunido bajo el sable y donde no haya espacio para un derecho, ni voz para la libertad, vale más que continúe en su presente fraccionamiento. De esta suerte se conseguirá al ménos que un enemigo de la libertad sea impotente para combatirla. Pero la unidad de la raza germánica, de esta raza esencialmente individualista, que á costa de tantas catástrofes, de tantos incendios, de tantas matanzas, de la pérdida de tantos monumentos y de un retroceso tristísimo en las artes, vino á libertar al mundo moderno del cesarismo romano; la unidad de esta raza que guarda aun el recuer-

do de sus campos de Mayo y de sus tumultuosas Asambleas, no puede conseguirse sino por la libertad, y la libertad no puede fundarse sino en la descentralizacion. No se deje, pues, Bismark aventajar por el Austria, lo cual seria una gran ignominia para su nombre y una gran desgracia para los defensores de la unidad alemana.

En verdad no era únicamente esta cuestion la que entonces agitaba al mundo; las dos graves cuestiones de Oriente y de Rusia, tenían tambien embargados los ánimos. Pavorosa cuestion esta de Oriente. Si ponemos nuestras simpatías de parte de los pueblos cristianos, servimos los intereses del Imperio ruso, el bárbaro degollador de Polonia, que últimamente habia llevado su crueldad hasta borrar el nombre de tan heroica nacion y forzar á sus hijos á olvidar lo más querido, lo más natural, lo más sagrado, la propia habla, la lengua nacional, en cuyos acentos creéis oír la voz de una raza martirizada, pero no vencida, capaz aun de mayores sufrimientos pero tambien de indómitas esperanzas y de resoluciones heroicas. Mas si ponemos nuestras simpatías de parte del *Statu quo* mantenido por Francia é Inglaterra, apoyamos un sultan imbécil, una teocracia decadente, el fatalismo dogmático, algo parecido al poder temporal de los Papas, algo que oprime y hechiza tristemente á una de las razas por cierto más ilustres que han habitado la tierra.

El Imperio turco acababa de hablar invocando los principios del derecho moderno para todos los ciudadanos, y la tolerancia universal para todos los cultos. Estas tribunicias palabras en boca de un Sultan, conmovieron profundamente á Europa. Es frecuente el suicidio de los individuos; pero no conozco en la historia el suicidio de las instituciones. En esos seres sociales hay tal vigor de vida y tal fuerza de organismo, que atraviesan muchos siglos y sobreviven á muchas ruinas. Si el Sultan de buena fé invocaba esos principios,

hé ahí antigua institucion que desmentia una ley social, y se suicidaba. Pero averiguamos que el Sultan habia pronunciado dos discursos; uno en francés para Europa, y otro en árabe para sus vasallos. Como es natural, no se presta el árabe, lengua semítica, un poco rígida como sometida al régimen trilateral, no se presta el árabe al lenguaje político, á los giros flexibles y civilizados del francés. El árabe que puede decir de mil maneras la palabra camello, acaso no tenga una manera propia de expresar nuestras reformas políticas. Por eso no me extrañaria que fuese muy tolerante el discurso francés y muy intolerante el discurso árabe. Cuestion de gramática. Catalina de Rusia escribia manifiestos filosóficos: «para engañar á Europa.»

Al lado de Turquía y aspirando á heredarla está Grecia, esa patria del genio descendida al grado último de miseria. La diplomacia ha puesto una monarquía constitucional en la República de Aristides, y prueba muy mal esa planta exótica en la tierra madre de la democracia universal. Grecia se encontraba muy preocupada con la idea de admitir á los fuertes candiotas como diputados en su Parlamento. Todo indicaba que una diferencia de Grecia y Turquía podia traer á la superficie la cuestion de Oriente, es decir, la guerra. Pero no habia solamente esta dificultad. Los Principados que se encontraban entre el Imperio turco y las potencias cristianas del Norte, aumentaban las probabilidades de grandes conflictos. Un ilustre escritor los ha comparado á bajos relieves antiguos perdidos en las orillas del Danubio. Yo las compararia á botellas de Leyden cargadas por la máquina eléctrica. No podeis acercar un dedo sin que despidan una chispa. Interiormente el príncipe Carlos no superaba en Rumania las dificultades que le suscitaba la cuestion de los judíos; y el príncipe Miguel se peleaba en Montenegro con su Parlamento y con el Sultan; con el primero por la lista civil y con el segundo por construcciones militares en la frontera. Todos

sus vecinos ó sus afines tienen pretensiones sobre esos pobres Estados. Grecia los invita á una confederacion; Turquía los reivindica como parte de su Imperio; Austria los considera como su herencia; y Rusia los protege como miembros de la familia eslava. Cada una de estas diversas pretensiones significa un semillero de guerras. La Bosnia y la Herzegovina, provincias turcas cercanas á esos Estados, amenazan constantemente con una revolucion. Y la Rusia tiende sobre todos su manto protector.

Pero no solamente provienen de aquí las dificultades inmensas de Oriente; provienen tambien de Bohemia. Esta antigua nacionalidad forma una provincia del Austria. Pero en el fondo de su memoria hay un recuerdo de su independencia, y en el fondo de su corazon hay una aspiracion á renovarla. Naturalmente, Rusia sostenia que estos son tambien eslavos y los amparaba secretamente con su reconocida habilidad. En cambio el Austria molestaba á Rusia en Polonia. La autonomia concedida por el Austria á Galitzia, su parte en el despojo de Polonia, era un ejemplo que invitaba á los polacos siempre deseosos de su independencia, á reclamar la autonomia de su opresora, la Rusia. El Imperio ruso contestaba á estas pretensiones confiscando las propiedades de los patriotas y suprimiendo hasta el nombre de Polonia.

Y sin embargo, hay en los rusos ilustrados vivísimos arrebatos de orgullo en que anuncian un porvenir de libertad y de federacion para su patria, parecido al presente de los Estados- Unidos. La facilidad con que han emancipado sus siervos, y la felicidad con que han sabido unir la propiedad en comun de la tierra á la independencia individual, les parece la obra capitalísima de la civilizacion moderna. Dicen que el cosaco, libre, acostumbrado á la vida de la naturaleza, se eleva sobre los hombres de Occidente, como el antiguo germano sobre los menudos hombres de la Roma imperial. Dicen que las diferen-



cias religiosas, tan vivas, tan ricas, tan poderosas, á pesar de la autocracia del Emperador y del poder de la Iglesia, prueban la variedad del pensamiento ruso que en lo porvenir sobrepujará al pensamiento alemán. Presentan con orgullo su régimen municipal de una antigüedad muy respetable, y sus repúblicas históricas de una libertad muy firme. Hay allí el combate de estos elementos con la monarquía como en Francia y en España. Ivan III y IV, el Grande y el Terrible, son como el Pedro Cruel de Rusia, como el Fernando V, como el Luis XI; son fundadores del Imperio y de la unidad. Nowgorod, refugio de la democracia cosaca, es destruido por la monarquía moscovita. Pero esa democracia subsiste y sueña con la república, y aspira á fundar los derechos individuales, y á constituir en el norte de Europa un Estado tan fuerte y tan libre como el Estado que los descendientes de los puritanos han constituido en el norte de América. Desde hace mucho tiempo forman los republicanos una grande sociedad secreta. Alejandro I, queriendo dar una idea al príncipe Volkousky de la importancia de esa sociedad decía: «No sabes lo que son esas gentes, han alimentado, durante el hambre, distritos enteros del gobierno de Esmolenko.» Pues bien, este partido es cada día más poderoso en Rusia. La libertad se extenderá sobre el espíritu como el aire y la luz sobre el planeta.

Por eso en Rusia se daba inmensa latitud y perfecta organización al espionaje que mantenía arriba una monarquía en el despotismo, y abajo un pueblo en la opresión contra la doble corriente de las ideas y de los hechos que marcha impetuosa hácia la libertad. En nuestros países occidentales el espionaje es uno de los oficios más viles y más abominados. Un espía queda materialmente fuera de la sociedad como un verdugo. Nadie le tiende la mano. Su sombra mata, su compañía deshonorra. Y esto es natural, porque un espía es un traidor, y un traidor es más perverso que un asesino claro y franco. Pero el despotismo no puede

dominar sin subvertir todas las leyes morales, sin corromper todos los caracteres, sin nublar todas las conciencias, porque el despotismo es el mal, engendrando perdurable progenie de males. Y por consecuencia uno de los mayores empeños del despotismo es rehabilitar el espionaje, convertir el espía en magistrado y en sacerdote. Publicábase en Ginebra una *Revista* política redactada por republicanos rusos. Su objeto era despertar el sentimiento de libertad en las razas del Norte y denunciar al mundo así los crímenes de los autócratas, como su impotencia para impedir el progreso de Rusia hácia la libertad. El poder de este periódico era grande. Sobre las legiones de soldados, de esbirros, de cortesanos que rodeaban al Czar, recluido allá en su inmenso palacio como un déspota oriental, rey, juez, pontífice, semi-dios, pasa el periódico, instalándose ya en los árboles del jardín, ya en las columnas del patio, y algunas veces hasta en las sábanas del lecho imperial. En vano se destituían empleados, en vano se celaban mutuamente desde los chambelanes hasta los barrenderos; á la hora prefijada en un día de la semana, el periódico entraba, como si lo llevase algún espectro vengador salido de las regiones de sombras donde habitan los remordimientos para castigo de los criminales.

El Czar quiso saber de qué medio se valía el redactor de la *Revista* para arrojarla hasta en sus manos. Nubes de esbirros, de espías, de cortesanos, corrieron desde las orillas del Neva á las orillas del Leman. Vano empeño. Nada averiguaban. Por fin se logró ganar un joven literato, republicano, amigo de los redactores de la *Revista*; y fué enviado á Ginebra. Ya allí, extremó sus ideas avanzadas, su horror al despotismo, su entusiasmo por el único castigo que tenían los crímenes de los tiranos, por la *Revista*, por la campana que despertaba á los vivos resonando en su calabozo, y vengaba á los muertos, despidiendo remordimientos sobre el Czar.

Los redactores de la *Revista* le dieron un gran banquete. Cuando estaban en los brindis, se habló, como era natural, del periódico, á cuya prosperidad consagraron muchos entusiastas recuerdos. El joven espía cogió la ocasión por los cabellos. Los vapores de un banquete arrastran á la expansión. El vino es siempre locuaz y hasta garrulo. A través de las copas el mundo aparece de color de rosa. «Lo más admirable, dijo, es ver llegar el periódico á las manos del Czar. ¿Cómo os componéis? ¿De quién os servís?» El director de la *Revista*, levantándose, dijo: «Ese es mi secreto. Y lo guardo porque hay muchos espías.»—«¡Espías! replicó el joven sin desconcertarse. Pero aquí, en la soledad de nuestra casa, en la misma redacción, en Ginebra, á tan larga distancia... ni que fueran brujos.»—«¿Quiéres conocer uno que acaba de llegar?»—«Con mucho gusto.»—«Pues mira su retrato,» y arrojó sobre la mesa, en medio de la comida, el retrato de su interlocutor en una tarjeta de fotografía. «Yo, yo, yo...» murmuró el criminal cubriéndose el rostro con las manos.—«Sí, tú, tú, y ahora mira el retrato de otro espía enviado para expiarte.»—El joven se levantó de la mesa, tomó la puerta, y no paró hasta San Petersburgo.

Y sin embargo, el despotismo, ese gran verdugo de la conciencia humana, ha logrado inspirar hasta gusto por el espionaje. Los periódicos lo ejercen al aire libre, á la luz del día. Todo el mundo sabe que en el gran despojo de provincias, de reinos, de nacionalidades, propiedad de la Santa Rusia, hay varios territorios alemanes, por la geografía, por la historia, por la raza que los puebla y por la lengua que esta raza habla. Dos sábios, uno de las provincias alemanas independientes, Treschke, y otro de las provincias alemanas sometidas á Rusia, Eckardt, disputan en la región de las teorías sobre el porvenir de su patria. *El Golos*, periódico de Moscú, lo sigue, los espía, descubre en el alemán

rusificado el crimen del patriotismo, el amor á su raza, y lo denuncia como un perjuro, olvidado de que el propietario implacable, eterno de su patria y de su alma está en San Petersburgo, y es el Czar. ¿Cuánto se tardará, pregunta el periódico, en castigar al rebelde? Esto es verdaderamente asqueroso.

Un sacerdote protestante llega á la segunda capital rusa y pide permiso para predicar un sermón. No hay edificio bastante capaz á contener la muchedumbre que acude á recoger su palabra. Van á la plaza. El sacerdote les habla del Dios protestante, de su providencia, de su gracia eficaz, de la salvación por el sacrificio, de Cristo en la cima del Calvario, de los demonios de Milton, de los ángeles de Klopstek; y después de haberle oído, la multitud desfila serena, cada protestante con su Biblia bajo el brazo, y con el Coral de Lutero en los labios, perdido en los sueños de su vago misticismo, y alentado por las promesas de la redención. Pero un cristiano griego de Bohemia se constituye en delator público, y dice que deben ser castigados cura y auditorio, porque en Viena no se consentiría un sermón griego, y en Rusia solo deben hablar sacerdotes ungidos con el óleo ruso. Vista tal demanda de delación, no extrañareis ahora que se hayan publicado unas memorias sobre la última guerra de Polonia, memorias á cuya cabeza pone el autor su propio nombre, y como una ilustración á este nombre, el título de espía imperial.

Pero es inútil tanto lujo de despotismo. El ogro que se asienta en el trono de Rusia; ese dueño de cien millones de hombres embrutecidos á sus pies como un ganado; ese pontífice de otros tantos millones de almas á quienes cree negar ó conceder á su arbitrio el cielo; ese conquistador que mientras esclaviza razas célebres del Asia por las orillas del río Amor, sueña con extenderse hasta las orillas del Bósforo; ese déspota que quiere ser un patriarca como Abraham y es un infame como Sardanápalo; ébrio de sangre polaca, acosado